

La Empatía

Erich Fromm dedica sus mejores esfuerzos a lo largo de sus obras, a revalorizar una Ética Humanística en la que el término "bueno" es sinónimo de "bueno para el hombre". Según esto, la Ética es, para él, una ciencia aplicada del "arte de vivir". La ley moral cumplirá mucho mejor su cometido pedagógico allá donde se den condiciones apropiadas para la vida; es decir: donde se potencie mejor la biofilia (amor a la vida). Lo contrario ocurrirá si existe un ambiente de necrofilia (amor a la muerte). Por su clara expresión y por la importancia práctica para nuestro "aquí y ahora", vamos a citar un texto de Fromm sobre las condiciones ambientales que facilitan el amor a la vida: "Entre las condiciones necesarias para el desarrollo de la biofilia, mencionaré las siguientes: cariño; relaciones afectuosas con otros durante la infancia; libertad y ausencia de amenazas; enseñanza -por ejemplo y no por prédicas- de los principios conducentes a la armonía y la fuerza interiores; guía en el arte de vivir; influencia estimulante de otros y respuesta a la misma; un modo de vida que sea verdaderamente interesante. Lo opuesto a estas condiciones fomenta el desarrollo de la necrofilia: crecer entre gente que ama a la muerte; carecer de estímulo; frialdad; condiciones que hacen la vida rutinaria y carente de interés; orden mecánico, en vez de orden determinado por relaciones directas y humanas entre personas". (El corazón del hombre)

Pero al referirnos al ambiente potenciador del crecimiento, debemos explicar un cierto proceso de universalización del amor. Amar a otro supone afirmarle con nuestra sincera actitud vital: "Merece la pena que tú existas". En realidad, si podemos vivir esta experiencia con un ser determinado, es que le hemos hallado como único. Sin embargo, hay otra experiencia en nuestra vida que nos hace conscientes de nuestra limitación: Llegamos a pocos seres con cierta intimidad y llegamos poco en profundidad. Amigos auténticos, tenemos "contados". Aceptamos a nuestros familiares más allegados y, algunas veces, con dificultades. ¿Cómo extender a muchos esa afirmación sobre la bondad de la existencia? Fromm hace -en este asunto- una observación digna de tener en cuenta: "Si amo realmente a una persona, amo a todas las personas, amo al mundo, amo la vida". En realidad, nos insinúa que la recoger la alegría "en y por" la existencia de "un otro" determinado, proyecto -de algún modo- a lo ancho y a lo largo del mundo, mi sentido de bondad a los "demás otros". Sin la magnífica experiencia de compartir con un amigo, no puedo sospechar el valor de la cordialidad y diálogo universales. Se trata de formar un hábito creciente que va empapando la vida personal de aceptación y de estado de escucha. Y se llama empatía. Está entrelazada por mi permanencia en actitud de sintonía y por mi creciente deseo cordial de querer bien. Hace sentir la alegría del ambiente amistoso e infunde un optimismo sano y acogedor. Quien consigue este estado de ánimo, vive la fraternidad universal.

Es esta una cuestión en la que también ocurre que la imagen resulta más elocuente que las ideas abstractas. Pondremos, por eso, un ejemplo descriptivo. Aimé Duval, nacido en un pueblecito de los Vosgos, guitarrista y poeta, nos va a dar la pista:

"Era el quinto hijo de una familia de nueve hermanos. Me precedían Lucía, María, Helena y Marcelo. Detrás de mí vinieron René, Raimundo, Susana y Andrés. En casa, nada de piedad excesiva y solemne. Sólo cada día la oración de la noche en común, pero es algo que recuerdo claramente y lo recordaré mientras viva. Mi hermana Helena recitaba las oraciones. Demasiado largas para los niños -un cuarto de hora- poco a poco iba aumentando en velocidad, embrollándose, abreviando, hasta que mi padre decía: "Vuelve a empezar". Y entonces yo iba aprendiendo que hace falta hablar con Dios despacio, seria y delicadamente. Es curioso como me acuerdo de la postura de mi padre. Él, que por sus trabajos en el campo o por el acarreo de madera siempre estaba cansado, que no se avergonzaba de manifestarlo al volver a casa, después de cenar, se arrodillaba, los codos sobre la silla, la frente entre sus manos, sin mirar a sus hijos, sin un movimiento, sin toser, sin impacientarse. Y yo pensaba: Mi padre que es tan valiente, que manda en casa y entiende tan bien a los dos grandes bueyes, que es insensible ante la mala suerte y no se inmuta ante el alcalde, los ricos y los malos, ahora se hace un niño pequeño ante Dios. ¡Cómo cambia para hablar con Él! Debe ser muy grande Dios para que mi padre se arrodille ante Él y también muy bueno para que se ponga a hablar sin mudarse de ropa... En cambio, a mi madre nunca la vi de rodillas. Demasiado cansada, se sentaba en medio, el más pequeño en sus brazos, su vestido negro hasta los tacones, sus hermosos cabellos castaños caídos sobre el cuello, y todos nosotros a su alrededor, muy cerquita de ella. Musitaba las oraciones de punta a cabo, sin perder una sílaba, todo en voz baja. Lo más curioso es que no paraba de mirarnos, uno tras otro, una mirada para cada uno, más larga para los más pequeños. Nos miraba pero no decía nada. Nunca, aunque los pequeños enredasen o hablasen en voz baja, aunque la tormenta cayese sobre la casa, aunque el gato volcase algún puchero. Y yo pensaba: Debe ser muy sencillo Dios cuando se le puede hablar teniendo un niño en brazos y en delantal. Debe ser muy importante para que mi madre no haga caso ni del gato ni de la tormenta".

El autor nos presenta el conjunto de condiciones que Fromm valoraba para el logro de la biofilia: Cariño; relaciones afectuosas con otros durante la infancia; enseñanza -por ejemplo y no por prédicas- de los principios conducentes a la armonía..." La callada sobriedad del padre, el respetuoso silencio de la madre, la presencia de los hermanos... En aquello que Aimé Duval pensaba de niño, hay mucho de lo que llamamos "sublimación del padre" al hablar del conflicto edípiano. Admira en su padre la valentía, la fuerza, la cariñosa autoridad. Y en su madre, los hermosos cabellos castaños, la ternura de su mirada, la sencillez. El se encuentra allí, como hermano entre sus hermanos, afirmando a cada uno de los presentes en la estancia familiar: "Merece la pena que tú existas".